



Respuestas

Las marchas del domingo 27 evidenciaron que las alternancias no bastan para satisfacer las necesidades políticas de la sociedad mexicana. La multitud que llenó el Zócalo de la Ciudad de México llevó el mensaje claro de que el cambio de partido en el gobierno no es suficiente para garantizar la tranquilidad familiar e individual. Muchos de los que se sumaron a la manifestación fueron quienes llevaron a Vicente Fox a la presidencia, quienes “sacaron al PRI de Los Pinos” y a tres años de la alternancia expresan su desacuerdo con la forma en como el “gobierno del cambio” ha enfrentado el problema de la seguridad pública. Pero esto es válido también para las otras alternancias, las estatales, las locales en las cuales los ciudadanos habían depositado sus esperanzas, sus expectativas y lo que han encontrado a cambio es el aumento en los índices delictivos.

La multitud que abarrotó el Zócalo está harta y desesperada; es una sociedad sin fe, es decir, que ya no cree en las promesas de sus políticos. El bono otorgado al nuevo Gobierno emanado de las elecciones del 2 de julio de 2000 fue dilapidado en banalidades y en disputas al interior de la clase política. La manifestación no debe leerse únicamente como una crítica al Gobierno foxista; es un rechazo frontal a los políticos profesionales y a los partidos: Esa es una lección indiscutible que me parece de lo más serio y atendible porque pasa por la crítica de las instituciones nacionales: Los tres órdenes de Gobierno y los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial. Se trata de la mayor marcha de la historia contemporánea pero a la vez el mayor reto político de nuestra joven democracia. La renuencia a que participaran los políticos y los partidos resulta muy aleccionador de lo que está pidiendo la sociedad, de la forma en que jerarquiza a las instituciones y del desprecio que le merecen las funciones gubernamentales. Esto debería de traducirse en un llamado de atención muy serio acerca de los rumbos que pudiera tomar en el futuro no lejano nuestro sistema político.

La lectura de los diferentes actores sociales lamentablemente dista mucho del entendimiento pleno de los mensajes que está enviando la sociedad mexicana. En toda democracia consolidada -y la nuestra no lo es-, al menos dos secretarías de estado y otras tantas del gobierno del Distrito Federal se hubieran puesto a disposición de los ejecutivos. Es muy probable que no todas las renuncias se hubieran aceptado, pero al menos quedaba la constancia de que el reclamo ciudadano representaba a la vez una evaluación de los magros resultados que en materia de seguridad se están presentando. A cambio de ello, el jefe de gobierno del DF salió a criticar el amarillismo de los medios y la mano negra que convocó a la manifestación. Desde su interpretación la marcha fue parte del complot de que es objeto para evitar que sea el próximo presidente de la República. Para el ejecutivo federal se trató de la marcha de una ciudadanía harta contra la delincuencia en el Distrito Federal y, en ese sentido, una crítica al gobierno perredista encabezado por López Obrador. Aun cuando el presidente haya salido a declarar que el reclamo era atendible y que “actuará en consecuencia”, el no expresar una verdadera autocrítica y no haber solicitado la renuncia de los funcionarios directamente involucrados en el problema de seguridad pública es una muestra de falta de voluntad política para enfrentar el problema de la seguridad pública.